PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Marzo de 1920. Núm. XXI.—Año III.

EL ORADOR Y LA ELOCUENCIA

No está en lo cierto, ni mucho menos, quien dijo aquello de que *"el poeta nace y el orador se hace"*, si, como es razón, hemos de entender por orador algo distinto del hombre que habla con propiedad, y por elocuencia algo que no sea la simple elocución correcta.

Que el poeta no presupone al orador, es fuera de duda; hay poetas mudos, sin boca. Pero el orador, no solo presupone, pero es el poeta, la Poesía, mejor dicho, en su plenitud.

Notemos esto, sin embargo, esto, que constituye mi proposición: la verdadera oratoria no es un arte, como lo son las formas gráficas de expresar bellas ideas o fijar sonidos; el orador no es un artista. Este, el artista, es un *realizador* de la belleza ideal, un creador de signos que la representan o sugieren; el orador, más que realizador de lo bello, *es una cosa bella*, la más bella acaso que existe en la naturaleza: un cuerpo y un alma que vibran al unísono con el expresivo universo; un pensamiento sonoro; un corazón musical. No debe, pues, interpretarse a sí mismo, sino mostrarse.

El árbol que, sacudido por el viento, nos dice mensajes de los aires que van pasando; la ola que sale del mar en calma, y rueda sonante y desaparece, dejándo-

nos una memoria de las grandes aguas, tienen su analogía con el hombre que sale de la humanidad profunda, y nos conmueve con los sonidos de su boca.

Porque conviene y es menester no olvidar ese concepto etimológico: la palabra *orador* viene de *os oris*, boca. El pensador o el artista de la locución escrita para ser leída en voz alta o baja no hacen al caso.

Como hay animales dotados de ciertas virtudes orgánicas, producción de electricidad, verbigracia, fenómenos luminosos, fascinación de los ojos, hay hombres que tienen en la voz un poder o alcance misterioso, de que ellos mismos no se dan cuenta, y que presta a su palabra una fuerza inefable de penetración. La voz de tales hombres parece un toque a silencio; hace esperar lo inesperado, lo que no vendrá nunca, pero existe y obra; se introduce, como por sorpresa, en los otros organismos, y suspende sangre en las arterias, exprime glándulas de lágrimas, hace pasar escalofríos por las manos. Esos son los oradores.

Estamos hablando, como se ve, de la voz personal, que nadie confunde con los sonidos de que se sirve el arte musical para realizar su belleza, y entre los que incluyo la voz humana que lee, recita o canta. La facultad de improvisación es esencial, por consiguiente, en el concepto de orador. El rapsoda primitivo fué el primer orador; cantaba así, improvisando.

Cuidado, que improvisar no es lo mismo que hablar sin saber lo que se ha de decir, sino pensar, sentir y decir en un solo acto de nuestra vida, bien así como se adelanta, y se toma dirección, y se evitan obstáculos, en un solo movimiento de nuestros órganos, cuando se camina.

Todos sabemos, es cierto, que los grandes oradores tienen también un aspecto común con los artistas, en los procedimientos de ejecución o adecuada preparación de que se sirven; pero el orador aparece precisamente cuando aquella preparación no constituye la obra, sino que es sólo la disposición propicia para evocar, esperar y recibir *el espíritu de la voz*

Sainte Beuve, en su estudio sobre Montalambert, nos habla así del procedimiento de este hombre elocuente: "Empezó por escribir sus discursos y leerlos; después los recitaba. Atreviéndose cada vez más, según medía sus fuerzas, habló ya con unas sencillas notas; y, si no me engaño, hoy combina esas diversas maneras, añadiendo lo que le dicta, en el momento preciso, la improvisación. Las diferentes partes del discurso, las ideas apuntadas en las notas, los trozos escritos y los pensamientos que brotan en el momento de hablar se juntan y encadenan, con la misma flexibilidad con que se mueven los miembros de un solo cuerpo. Todo orador que lo es de veras, sabe cuánto le falta para llegar a ese ideal, que los más grandes oradores no han realizado".

Para que esa fusión de lo escrito con lo hablado sea perfecta, agrego yo por mi parte, el orador tiene que escribir de un modo especialísimo; en él, más que en ningún otro, el pensamiento ha de ser *palabra interior*. No ha de hablar lo que escribe; ha de escribir lo que habla... o lo que *le habla* la soledad.

Si a todo esto agregamos el gran caudal de imágenes vestidas de la forma personal del orador, y de locuciones ya afinadas con su diapasón interno, y de giros y frases ya dichos, que el ejercicio va acumulando en la memoria y se desprenden íntegros por la simple asociación de ideas, y, más que de ideas, de acordes complementarios de la propia voz, tendremos, efectivamente, el cuerpo del discurso de un orador. Este se perfecciona con el tiempo, no hay duda. Dijo Solón en la antigüedad (valga la cita de Sainte Beuve) que el acuerdo perfecto entre el pensamiento y la elocuencia sólo se alcanza, en su plenitud, de los cuarenta y dos

a los cincuenta años. Eso parece, efectivamente, una ley. Pero es ley de la formación del cuerpo orgánico, del que podríamos llamar el artefacto. Lo que es el alma nueva que lo anima, y que distingue la palabra elocuente de toda obra de arte, esa será siempre la aparición repentina o la encarnación del espíritu en el verbo humano palpitante; la *unión substancial*, diríaa los escolásticos. Se revelará a veces en un momento solo del discurso; se presentará como una llamarada del fuego central que rompe la costra de las formas genéricas superficiales, y asoma por las grietas, y denuncia la existencia de la vida universal; se difundirá otras veces en toda o casi toda la oración; pero siempre será la proximidad del espíritu vibrante que desciende a la voz, cuando ésta se ajusta a la afinación de las esferas. La perfecta compenetración es casi imposible; tiene razón Sainte Beuve. Si ella apareciese una vez, en un orador, éste sería lo más vibrante y luminoso que hubiera ofrecido la naturaleza.

El verdadero orador advertirá, si mira en ello, que lo que más conmovió a sus oyentes no fué lo que había preparado con ese objeto, pero lo que salió de su boca por autosugestión: la palabra impensada, que brotó de la pensada, la terminación del acorde, determinada por el propio acorde. La frase preparada, escrita o no, se rectificó a sí misma; las palabras, como si hubiesen obedecido a una ley de cristalización geométrica del sonido-idea, se agruparon en la forma connatural al pensamiento o a la pasión actuales; algunas frases, acaso las más estudiadas, desaparecieron, por falta absoluta de espacio y tiempo en que colocarse, mientras las otras, las menos previstas precisamente, y que fueron las verdaderamente intensas, se adaptaron a los vacíos o silencios, engendradas, conducidas y ajustadas por el genio del ritmo inteligente; se formaron en la voz palabras nuevas.

El hombre a quien es dado dejarse conducir por ese genio que sale de la propia vibración, como la ola brota del mar, como el quejido sale del viento; el que puede seguirlo sin que el raciocinio se le aniquile por completo, ese es el orador. El que se sobrecoge y amilana ante la aparición, ese podrá ser hombre honrado y muchas otras cosas; pero no sera jamás hombre elocuente. La ofuscación parcial sobreviene siempre en esos casos. En el momento en que la palabra se hace espíritu, y el espíritu palabra, hay algo de pánico; las ideas del orador voltean en la neblina; la visión se anubla, aparece y desaparece; zumban los oídos; el hombre se oye a sí mismo desde lejos; se inicia el vértigo. No debe confundirse, sin embargo, esa especie de sumersión en lo ignoto, producida por la proximidad del arcángel, con lo que suele llamarse el *trac* de los oradores artificiales, de los actores y cantantes, y de todos los que repiten lo aprendido. Estos están atados a la palabra muerta; tienen miedo, como todo encadenado, del enemigo que puede venir. El orador nó; lucha con el arcángel, como el profeta, y lo vence, y hace de él su obediente mensajero.

Es la voz hablada, la *nacida* precisamente, no la *hecha*, la que tiene esa fuerza, privilegio sólo de las leyes naturales.

No haya temor de que entonces desentone. ¿Por qué los pájaros no desentonan, sino que siempre cantan armoniosamente? No desentonan porque su canto está fuera de las tonalidades convencionales; sus notas no están coordinadas según una escala. Y como sólo con relación a una tonalidad o escala cromática puede apreciarse si hay o no desentono, los pájaros no desafinan precisamente porque no afinan.

La voz del hombre, cuando no pretende entonar sino con su armonía interior, es más poderosa que la del pájaro; ella es el solo diapasón.

"La música más dulce, dice Emerson, no está en la obra oratoria, sino en la voz humana, cuando, en la vida activa, habla con el acento de la ternura, la verdad o el valor. La obra oratoria puede recordar la mañana, el sol y la tierra; pero aquella voz persuasiva es unísona con la de éstos".

Aquél sólo es verdadero orador que lleva a la tribuna su propia voz, la de su vida activa, y hace que ésta vibre al unísono con su auditorio, que es entonces, como él, la naturaleza: la mañana, el sol, la tierra. El hombre elocuente dice entonces lo que piensan y sienten los demás hombres, porque éstos sienten y piensan como él; abren, en las palabras del orador, las flores que estaban a punto de abrirse en las almas de los otros; la voz articulada de aquél arraiga en la naturaleza central; es el sonido de las esencias. En tales circunstancias, sólo esas palabras podrían sonar. El orador es entonces una fuerza del universo, y la más pujante; puede hablar a la tempestad, y ésta hará silencio, como cierra los ojos el tigre ante la mirada fija del hombre. Todo se le acepta entonces; todo en él es bello, con la hermosura de la naturaleza primitiva. Las actitudes grotescas, las incoherencias selváticas, las cacofonías disonantes, como sean sinceras, personales, trasmiten la emoción estética en toda su fuerza y su pureza. Una sola nota artificial o enfática, que recuerde la existencia de una escala o tonalidad, puede derrumbarlo todo en ese momento. El león domesticado no nos produce, con su rugido teatral, el terror de una rata acosada o atravesada por un estoque, que chilla mirando con sus ojos redondos, llenos de agua negra profundísima. La rata llega a ser sublime.

Los oradores más en boga suelen ser panteras domesticadas. Para ver la fiera en su plenitud, es preciso verla como parte integrante de la selva.

Por eso los grandes oradores han aparecido en las grandes tempestades de la historia. *Vox clamantis in deserto.* Voces que han llenado los desiertos.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

REFUGIO VÃO

(Para «Pegaso»)

Fujo da rua e do rumor profano,
Me isolando e fechando a sete chaves,
Para assim evitar attritos graves
Que se dão sempre no contacto humano.

No meu velho viver de outr'ora insano,
Horas não tive de prazer suaves,
Nem auroras boreaes, nem cantos de aves,
Mas desengano sobre desengano.

Então fugi. Buscando a soledade
Eu quiz, limpo de lama e de miasmas,
Isolar-me no sonho e na saudade.

Mas — frustraram-se a minhas esperanças!
Eil-os conmigo os tetricos fantasmas
Das esperanças e desesperanças.

ZEFERINO BRASIL.

Porto Alegre, 1920.

POEMAS EN PROSA

SOLA

Tú lo has querido y será para siempre.

Pasarán muchos años. . y tu cuerpo, y tu rostro, y tú toda entera, te transformarás en una hermosa señorita entristecida por los mimos de la Soledad.

Se alargarán tus manos, al afilarse, y te adornarás los dedos con sortijas raras en un ensayo de desaburrir al aburrimiento. Parecerás una *dama antigua* tan solitaria como orgullosa, y cada luna que ruede sedosamente con su teoría de noches por la acústica del cielo, te dejará más pálida, más dolorosa, mas interesante, porque el Señor Tiempo, tan burgués a fuer de metódico, enamorado de tu senil frescura, será mal aritmético por una sola vez.

LA PENA

Amiga mía, hay penas que se sufren con encanto y son como esas cosas muy sabidas, que por andar de boca en boca, los abuelos cuentan cuando las noches son largas, lloran las mujeres cuando son mozas y las mozas, cuando son niñas, cantan.

Mi pena es la de todos los hombres. Con sus alas quiméricas, de polo a polo ha volado el planeta.

Ella duele en el corazón luego de tres jornadas de

camino: la de la tristeza, la del amor, la de lo imposible.

Amiga, al escribirte, el dolor se me asoma a los labios en forma de canción. Por eso lo sufro y lo vivo sin una frase de protesta; el dolor de saber que por mí nunca te vestirás de novia, o el dolor de pensar que por mí nunca te has de vestir de viuda.

Pero no me compadezcas, y cuanto tú también sientas clavarse en tu alma los dientes de la pena, fúndelaen la mía, que, yo, buen confidente, sabré hablarte *del otro* en tono de consuelo.

Amiga: eres tan buena (y tan hermosa), que me haré más bueno aún por parecerme a ti!

IMPRESIÓN

En el Otoño y a una hora sin sol y sin luna. Los pocos vecinos que pasan frente a los portones de las quintas, lo testimonian al saludarse: unos en sus "buenas tardes", otros con sus "buenas noches".

En el horizonte que no ha mudado su traje desde el amanecer — un astro se levanta creciendo en luz como una flor, y más arriba, en los surcos del cielo, las manos de un Triptolemo invisible siembran a puñados las estrellas. Sopla un aire tibio que imprime movimientos de saludo a los pinos esbeltos y peinados.

Los árboles dicen sus oraciones por el pico de los pájaros que recogidos entre las ramas, donde ya es de noche, pían el prólogo del sueño.

Por los senderos lánguidos, ruedan, ásperas, las hojas, acoplándose unas a otras como en un intento de reproducción. Lejos, una tapia vestida de enredadera, muestra sus campanillas blancas, cada vez más blancas a medida que las hojas se vuelven más negras.

Se oyen, claros, los jadeos del Silencio.

Elegante, una mujer pasea por el jardín.

A la media luz del crepúsculo, sus ojos oscuros se unen en una curva línea de carbón. Es nerviosa, friolenta y vivaracha; y con su abrigo gris colgando de los hombros, recortada en el paisaje, cuando se inmoviliza, se me antoja un afiche anunciador del Otoño.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

«CODICE ATLANTE»

Publicamos a continuación un fragmento de poema del libro inédito de Alberto Zum Felde, «Códice Atlante», que se refiere a las primitivas civilizaciones americanas.

. . . . . .

Cien flautas sutiles sonaron en el silencio de la noche; y a su conjuro apareció, claro y luciente como un río en que se riela la luna, vibrante y musical como un río que corriera entre cañas, el cortejo nupcial conduciendo al Elegido de la diosa. Iba hacia el túmulo el cortejo; y al son de las flautas sutiles, las vírgenes agitaban sus velos en el aire liviano, danzando con un pausado ritmo, que hacía ondular sus cuerpos en curvas de sierpe encantada.

Como ebrias alas, los velos se agitaban en torno de las vírgenes, al danzar con desnudos pies sobre las losas,—haciendo sonar los adornos de plata que pendían de sus collares, de sus pulseras, de sus ajorcas y de sus cinturones,—en el sagrado ritmo que los adolescentes esparcían de las cinco cañas de su flauta.

Conducido en las andas por las vírgenes, sobre un lecho de flores blancas de enervante perfume, coronado de flores enervantes, el Elegido de la Diosa iba, pálido y bello, semejante al vaso de plata en que bebía la Reina.

Iba pálido e inmóvil sobre las andas, el doncel prometido a las nupcias sagradas; y bajo las flores de enervante perfume que coronaban su cabeza, su rostro adolescente, de una tristeza de estanque bajo la luna, era la flor más enervante, cultivada en jardines nocturnos, para los ritos de la Muerte.

Como enervante flor era su rostro de equívoca adolescencia; y en la tristeza de su rostro los ojos se abrían llenos de una sombría humedad; y sobre los ojos caían, como lúgubres velos, los párpados, pesados de languidez.

Pálido e inmóvil sobre las andas de plata, su cuerpo no tenía más vestido que un cinturón de gemas, que sobre el vientre se alargaba y pendía hasta cubrirle el sexo; y era bajo la luz lunar su cuerpo pálido, más delicado que las flores que coronaban su cabeza, más puro que los diamantes que fulgían en su cinturón, más armonioso que las vírgenes que conducían sus andas.

Y los ojos taciturnos y atónitos de las tribus miraban al Elegido de la Luna, en medio del cortejo de los flautistas y de las danzantes, reclinado e inmóvil en las andas de plata, con su belleza indefinible y prodigiosa.

Taciturnos y atónitos los ojos de los peregrinos veían pasar al Esposo sagrado, la flor suprema de la Raza, por quien el Imperio celebraba sus nupcias con la Diosa de las Aguas, de la Voluptuosidad y de la Muerte. En el sombrío esplendor de su belleza, veían los ojos de las tribus al Elegido de la Diosa, al doncel intocado, que había abierto como una flor nocturna en los jardines del templo, bajo el cuidado de las vírgenes.

Como una flor nocturna había abierto el Esposo su fría adolescencia, macerada de luna, en los jardines secretos de la Diosa; como una flor nocturna de enervante perfume era el pálido esposo apenas nubil, que por primera vez veían los ojos de las tribus, bajo la luz lunar, en el silencio de la media noche.

Y en tanto el cortejo ascendía los trescientos peldaños del túmulo, que las vírgenes iban cubriendo con un sendal de flores — sonó el canto litúrgico en la noche; lento y solemne sonó el canto litúrgico, celebrando las nupcias del Imperio y de la Diosa.

Ati — decían las voces graves de los sacerdotes sobre el túmulo, — poderosa y terrible, que reinas sobre el triple misterio de las Aguas, del Amor y de la Muerte, he aquí al Prometido de tus nupcias, he aquí al Esposo que las vírgenes conducen al tálamo de tus sombras.

Ati — decía el coro argentino de las sacerdotisas — Virgen inmarcesible y poderosa, que tienes en el hueco de tu mano el destino de los hombres, como un grano de maíz que puedes sembrar a tu albedrío, he aquí al Elegido de tus nupcias, que llega a tu frío tálamo por el camino de la noche.

Y las voces alternas de las vírgenes y de los sacerdotes, entonaron así el canto nupcial al son de las cien flautas, ante el silencio contrito de las tribus, estremecidas del fervor y el terror de la Diosa:

Ati — que reinas en las Aguas, — a cuyo influjo

mares y lagos se hinchan, como el lomo de los jaguares en celo, que esparces sobre las tierras las lluvias benéficas, como una doncella riega, con un cántaro el huerto: por el Esposo fiel que te entregamos, senos propicia — vierte tus lluvias sobre nuestros cultivos y haz que sean abundantes las cosechas.

Ati — que reinas en las Aguas, que desatas las tempestades, inundando las tierras, o, esquiva, guardas tu cántaro, mientras sobre las tierras ávidas se agostan los plantíos: por las nupcias que esta noche celebras con el electo de la Raza, líbranos de los males que arrasan o asolan las tierras; y que tus blancas nubes, y que tus nubes pardas, sean siempre para nosotros las mensajeras de tus dones.

Ati — Doncella inmaculada y poderosa, que con tus manos pálidas enciendes en los hombres el deseo, y les haces arder y consumirse como el perfume sobre tus altares, blanca diosa que enconas los deseos clavando agudos dardos en el flanco tembloroso de las criaturas: por el Esposo intocado que esta noche conducimos a tu tálamo de tinieblas, aparta de nosotros el tormento de las lujurias cuyo fondo nunca puede tocarse.

Ati — Virgen inmarcesible y poderosa, en cuyas manos frías se oculta la brasa de la conscupicencia, que en las pesadas siestas del estío enardeces el celo de los jaguares en las selvas, y en las noches tibias haces languidecer de voluptuosidad el regazo de sus doncellas: por el doncel purísimo que esta noche conducimos al duro tálamo de sus nupcias, dad la paz al corazón de los hombres y haz fecundo el vientre de las mujeres.

Ati — que reinas en la muerte, y llevas a tus mansiones recónditas las almas que recoges en la tierra, como un labrador lleva a su granero el maíz maduro que ha cosechado en el día, y haces vagar sobre las tierras las sombras atormentadas de quienes no pudieron hallar paz en la muerte: por el Esposo que esta noche franqueará las puertas de tus misteriosos palacios, haz que tengamos en tus reinos dichosa morada; y aleja de nosotros los espectros que, por las noches, vagan en los caminos solitarios.

Ati — que reinas en los Sueños, en los Augurios y en los Hechizos, sobre el mundo invisible y sobre los espíritus de los Elementos, que engendras las visiones y los extásis, que turbas las almas con alucinaciones y delirios, Virgen bellísima y terrible, iracunda y clemente: por el Esposo que esta noche conducimos al tálamo de tus sombríos misterios, sed propicia a los pueblos que te adoran y aleja de su sueño las huestes silenciosas de tus vampiros

. . . . . .

Y cuando el canto hubo cesado, y en la noche sólo vibró el sonido de las flautas, fué el Esposo tendido sobre el altar del Sacrificio; y el Sumo Sacerdote puso su mano sobre los párpados de plata, cerrando así los ojos para que se abrieran en la Muerte.

Cayeron los párpados de plata sobre los ojos; y el cuerpo nubil, de indefinible encanto, semejante al vaso en que bebía la reina, pareció llenarse de luna al irse de él la vida que le animara, tan pálido y casi luminoso yacía sobre la piedra.

Hendió el cuchillo de oro el pecho del Esposo; y el Sumo Sacerdote, tomando entre sus manos el corazón,

caliente y palpitante como un ave, fué hacia el borde del túmulo, alzándolo en sus manos para mostrarlo al pueblo.

La multitud oscura se inclinó hacia la tierra, abatiendo en el suelo sus frentes de bronce; y el temblor religioso frisó sus espaldas curvadas.

Como un huracán pasa sobre una selva, doblando los árboles robustos, así el fervor y el miedo doblaron los cuerpos de bronce de las tribus. Y el silencio que se hizo fué tan hondo, que la multitud sintió, en sus espaldas, el frío de la Luna y de la Muerte.

. . . . . .

ALBERTO ZUM FELDE.

CAMINO

Camino de la vida, largo y ancho camino,
Florecido de rosas, — bendecido por Dios,
Vamos haciendo juntos el camino divino
Predestinado y hecho para nosotros dos.

Cambiando una mirada, una palabra, un verso,
El alma de las cosas nos viene a saludar —
Y saboreamos toda la miel del universo
Desde la flor al cielo, desde la estrella al mar.

Soñando con los goces supremos y sutiles
Que trama cada uno dentro del corazón,
Vamos amando... amando... con frases infantiles,
Los ojos y las manos quemados de ilusión.

A las verbenas blancas y a las rosadas rosas
Lo mismo que a las nubes, les damos nuestra voz,
Y ellas tiemblan de luces como las mariposas,
A nuestro influjo, llenas del bienestar de Dios.

Oimos en los campos la rima de los vientos
Pulida por la copa del álamo cordial,
Y nos llenamos todos de ardientes pensamientos
Los dos, como una sola campana de cristal.

El agua nos atrae, la luna nos encanta,
Y vamos confundidos con ellos, al azar...
El alma de la vida contigo se levanta
Y en mí, se abre la estrella de nuestro idealizar.

Cuando una cosa es triste como esa golondrina
Que alguna tarde vimos, caer y perecer, —
La misma dulce calma viene y nos ilumina,
Todo es sencillo y claro sabiendo comprender.

Así vamos andando, rodeados de harmonía,
Hasta que venga un día lejano y singular,
Que nuestras almas claras como la luz del día
Se pierdan en el aire dormido sobre el mar...

TELMO MANACORDA.

Montevideo.

DE «PROSAS FRÍVOLAS»

(Libro en preparación)

Estancia Rama Seca, Enero de 19...
Departamento de Rocha.

Tía Leonor:

Soy un profeta, un vidente, hombre merecedor de un adjetivo que aun no acierto a encontrar. Cuando en aquella famosa descripción de este lugar entreveré personajes mitológicos y motivos sobrenaturales (para risa tuya) no fué por vano alarde sino en razón de la influencia misteriosa, de la vida subyacente en el paisaje, cuyo presentimiento me embargaba sin darme arte a definirlo con exactitud. Ahora asisto a una manifestación concreta de esa vida influyente y misteriosa: por ello echo a volar las campanas de mi vanidad, atribuyéndome una condición superior que tú has de ayudarme a destacar.

Se trata de Anita, de esta chica cuyo hieratismo te he ponderado, cuya alma aparentemente rectilínea y cuyo cerebro mecanizado en rigurosas labores científistas, la hacen el ejemplar más árido que se pueda imaginar en la flora femenina. Pues bien, yo he asistido a una exteriorización de sensibilidad en ella muy extraña: la he encontrado en un momento de lloriqueo, momento en que sepa Dios cuál sentimiento sa-

lió a su exterior impasible, como salen las burbujas a interrumpir el cristal de las aguas estancadas denunciando la vida sumergida. Y aquella vibración en esta niña rara, fué un efecto del paisaje, al cual, según su palabra, debe tal alteración en su psique indiferente.

He de facilitarte la comprensión de ese arrebato lírico, he de contarte circunstanciadamente su desarrollo. (Pobre de ti, tía Leonor). Aquí se me ocurre tener presentes tus quejas sobre el escaso método de mis cartas, donde las cosas se aglomeran por manera demasiado ilógica y confusa: en las pasadas cartas no logré enmendarme, según parece: trataré de satisfacerte ahora y ya empiezo a metodizar.

Difícil es, pues vacila mi elección ante el montón de cosas, al parecer importantes todas y todas pasibles de originar lo que debo referirte. Pero yo comienzo por decir que, esta tarde, encontré a Anita llorando, detrás del comedor, sitio en el cual, desde hace un mes, la veo cultivar los crepúsculos.

Ver llorar a una mujer no es, de ordinario, cosa conmovedora, y te juro, tía, que si yo fuera el pájaro del soneto de Lope, en vano derramara sus lágrimas Lucinda: pero verla llorar a ella, siempre inmutable en su anticipada gravedad, ver llorar a quien nunca abandona cierto empaque altivo, a quien parece haber cristalizado las severas experiencias de una vida amarga en el molde atrayente de una juventud graciosa, ver llorar a Anita... eso me sorprendió, me conmovió, y el hombre fácilmente enternecible guarecido en este frívolo sobrino tuyo, se detuvo indiscreto y se acercó después a la dulce niña.

Tal vez mi ánimo estuviera tomado de alguna ansia indefinible o inapreciable, pues en modo indeliberado y súbito sentí la emoción de la niña, inundándome cierta generosa y fraternal curiosidad por su pena.

La tarde me había puesto su sello melancólico, la

tarde o el paseo que diéramos con Jorge, al retornar del baño. Vinimos siguiendo el arabesco de la cañada para juntar las ovejas que ramoneaban en el gràmillal de la cuenca: en el aire extraordinariamente quieto flotaba el frescor generoso que subía del regato, y se esparcía el perfume acariciador y suave de la espiña de cruz, ese perfume que tiene modo tan evocativo y sensual para tocar los sentidos, con su olor a boudoir.

El aire bien oliente y fresco, el cielo muy alto en bruñido azul, el balido monocorde de las ovejas y el tilintar quejumbroso del cencerro se fundían de eficaz manera acrecentando la lenidad vesperal, en que se regodeaban voluptuosamente nuestros espíritus, gustando ese encanto en todo su alcance subjetivo. Y ello advino en mí a sepa Dios cuál estado de ánimo, pues al acercarme a hablarle a Anita, yo era de verdad, más corazón que oídos.

Parlamentamos en forma del todo romancesca, pues paulatinamente, en original endósmosis, fuíme empapando de las cosas muy hondas y sinceras que Anita decía con su voz poco agradable, de timbre en exceso metálico. Tal vez no fueran las cosas dichas, sino el acento de emoción que les ponía: mas no he de meterme yo en cogitaciones para saberlo, baste haber advertido que mi simpleza me puso a tono con su romanticismo. Díjome no saber por qué lloraba: que todas las tardes se sienta allí para gozar ese paisaje que la fascina a la luz del crepúsculo: y que, casi siempre, de las tintas fundidas, de las vagas púrpuras del sol poniente, de la frescura y la paz de la soledad, y de la Laguna misteriosa, fluye tal golpe de emociones que su alma se llena de imágenes cuya impresión no le es dado definir ni expresar. Llora y se descarga de esas cosas vagas arremolinadas en su pecho, sin ser posible verlas claramente, ni dominar su ímpetu cuando aceleran el angustiado latir de su corazón.

Es en la Laguna donde esta chica abreva sus ansias de nostalgia y maravilla. La obsede por extraño sortilegio esa Laguna: la obsede y cautiva la inmovilidad extraordinaria de esa bruñida lámina gris y su tersura sempiterna, en la que aparece como un ojo gigantesco y melancólico, lleno de vida y expresión. Sigo repitiendo sus palabras. Sufre el misterio y la sugestión de esa masa inmutable de agua estancada y en ella reviven las más dulces horas de su infancia, aquellas horas hechizadas por su nodriza con cuentos de hadas y viejas leyendas de yo no sé cuál tierra nórdica de cielo bajo y gris.

¡Los cuentos de hadas, las viejas leyendas del ignorado país en que nació y se crió! El rey Arturo y sus caballeros y la reina Mab y después Merlin, Bibiana, Tifania, Melusina, y para acrecentar mi asombro, esta colegiala simple, dulcemente, con voz que la emoción logró aterciopelar, dijo el soneto clásico:

"La belle Mélusine enivrait les regards
Si belle avec ses yeux couleur d'algue marine
. . . . . .
Elle parvint ainsi dans le pays des féés
. . . . . .

Sí, continuó: el país de las hadas, el país del hechizo, esa laguna incrustada como una perla en el paisaje gris, las llanuras desiertas, y la orla de pantanos y de monte, toda esa soledad debe ser visitada por los habitantes del mundo invisible, por hadas, por gnomos, elfos y encantadores.

¿Acaso se sabe con exactitud la fuente de aquellas leyendas infantiles? ¿Acaso no puede ser aquí como en los países de Europa? Por influjo de raros espejismos he logrado ambientar ahí todas las fábulas cuyo perfume deleitoso, aunque antiguo, me acompaña y

tonifica. Y como si la existencia que les da mi imaginación bastara a hacer sentir su presencia, mis gnomos viven y su compañía me encanta.

De ahí nace esa melancolía que me invade dulce como el crepúsculo y con la que revive lentamente en mi alma lo más dichoso de mi vida, aquellos primeros años hacia los cuales ha de volverse mi juventud para hallar felicidad verdadera. Y el núcleo central de mis pensamientos y sensaciones es la Laguna, alrededor de la cual, como en torno de un punto vibratorio, se levantan y aglomeran esas cosas quiméricas y vagas, dominándome con su hechizo, o también, a veces, hiriéndome de dolor.

Llego, siguió diciendo, hasta a armonizar mis ilusiones con cierto fenómeno real, creándome una fantasía más fecunda del punto de vista emocional. Manipulo el cuento de Flor de Nieve y sus gnomos, lo transformo adaptándolo a mi ensueño, y la supongo ahí, aherrojada en la Laguna, en triste palacio de cristal y oro que haya en el fondo cenagoso. Y cuando siento el estruendo del mar vigorizo mi capricho, creyendo que ese estruendo lo hacen sus amigos los gnomos esforzados en librarla de la porfiada maldad de la reina Ymógina.

Pero al llegar a esto del estruendo del mar, confieso que me desconcertó la niña fantaseadora, y se lo dije.

Hace un mes que está aquí, repuso y ¿aun no ha sentido en horas calmas y silenciosas un rumor lejano y sordo, a veces un estremecimiento poderoso como el tumulto de una marcha de grandes animales que no se ven jamás?

Sí, tiene que haberlo oído sin distinguirlo: sobre todo en las noches serenas, o temprano de la mañana, o con el viento del Polonio. Le aseguro que se oye distintamente, a veces tan tremendo y rudo que emociona. Yo me he convencido de que no es el mar,

y lo atribuyo a mis gnomos: jamás cierro mi ventana en la noche, para gozar mejor ese eco venido milagrosamente del brumoso reino de lo sobrenatural, y sufro si el viento de tierra me impide oirlo y me cuesta dormirme, y hasta me ha ocurrido alcanzar insomne los primeros vuelos de las golondrinas.

¡El rumor del mar! ¡Las hadas, los gnomos, y hasta los caballeros de la Tabla Redonda! Toda esa farándula no me pareció extravagante y llegó a emocionarme, que tan invadido estaba tu sobrino del romántico espíritu de Anita. Espíritu romántico digo, y tal vez el adjetivo no es aplicable porque no es fácil definir en seguida a esta niña meditabunda que sabe de Bergson, y entiende a Ostwald, que es crédula en hadas y recita a poetas malditos. En fin, cualquiera sea el determinante que merezca, yo no sé quien lo encuentre, pues jamás me detendré a buscarlo.

Sus fantasías no han germinado en mi psique, pero la han conmovido el contacto de esa alma sencilla, crédula, inmaculada de ruindad.

Y si examino esta conmoción, decantándole cuantas máculas cómicas o líricas tenga, me encuentro admirando el espíritu de esa chica, y sintiendo tristeza por la ruindad de mi alma, cuenca desolada, cuya aridez hostiga los ensueños.

La envidio más bien, pues ahora me parece que no he tenido infancia: mi pasado es borroso y halo tornado así, no el roer del tiempo, sino la menguada constitución de esta alma, mísera ya en la infancia lejana, cuando el tiempo labró su impronta. ¿A qué volver hacia mis años primeros, ingrata soledad nebulosa en la que se han desvanecido las ilusiones que hubieron, se han extinguido las formas que vivieron y se han adormecido las pasiones que inquietaron? Yo envidio, sí, tía Leonor, a esa niña, por el golfo de ensueños hacia donde vuelve su romántica proa en las horas pe-

sadas de esta vida. ¡Si a mí me fuera dado bogar en semejantes aguas limpias, sentirme impresionado con los cuentos de hadas y gigantes!...

Pero esto sería mucho, imposible ya después de cuanto me ha limado la vida, gustada y vivida tan apasionadamente como para concluir con cuanta arista pura embelleciera mi cristal interior.

Mi alma ha sido traída y llevada como una piedra, juguete de las aguas inquietas: ha sido deformada y envilecida, admirando cuanta constelación culminó en su meridiano, supercivilizándose con ingénua y pueril vanidad, resecando las fuentes de su ternura por no haber puesto un beso sin un poco de sí misma: mi alma ha quedado cautiva y mordida por los desengaños, por los goces crueles, por las experiencias, por las aventuras y los prejuicios, por el amor, por las esperanzas, por todo lo que atrae y conmueve, por todo lo que nos rechaza y desflora.....

EMILIO SAMIEL.

De Montiel Ballesteros

LA CRUZ

A Emilio Oribe.

Anoche, frente al cielo tropical,
azul,
dulce de estrellas,
busqué la "Cruz del Sur",
que abre sobre los campos de mi América
sus luminosos brazos.
Busqué la "Cruz del Sur"
y ya no estaba.
Ayer quizá una lágrima surgiera
al constatar que se quedaba toda
el alma adolorida
entre sus cuatro estrellas!
Hoy pienso y digo:
¡adiós! Es el destino.
Tú quedas protegiendo nuestras tierras,
los campos de mi América,
y yo me alejo
en procura de algo para el alma,
de cuatro clavos de oro
que abran su cruz
de luz
sobre el espíritu!

Atlántico, 1919.

VÍA SOLFERINO

(Calle de Florencia).

Dos líneas de edificios de un gris viejo y sombrío.
Las ventanas cerradas parecen ojos ciegos.
El lagrimear de unas hojas amarillas
Que gotean desde un muro negro.
Al centro una avenida con dos filas de árboles,
Verde-oscuros, iguales, duramente simétricos;
A su sombra, en la tierra húmeda, crece un musgo
Triste como el de los cementerios.
(Si el sol le diera un pincelazo de oro
parecería un tibio terciopelo).

Miro. ¡Qué trágica tristeza!
Y nadie, nadie, nadie. ¡Un silencio!
Un silencio que debe tener veinte siglos,
Un silencio que ya debe estar muerto!
Si uno lanza un grito de vida
Ha de contestar, grave, un eco
O no ha de contestar nada nadie!

Tiembla el crepúsculo de miedo.
(Es un hombre flaco, desnudo, morado,
que va en la sombra de las dos filas de árboles
junto a los edificios viejos).

Florencia, 1920.

LA FLOR AZUL DEL INVERNAL CREPÚSCULO

Sabe a cosas exóticas, a sueños
la lánguida dulzura de esta hora...
Callamos. Cae la tarde. En la alameda
se adensa más la niebla. Se deshoja
la flor azul del invernal crepúsculo,
cuya marchita gravedad se ahonda.
Desde la estancia tibia, mientras se oye
crugir la leña ardiendo rumorosa
con una llama alegre que dibuja
—instantánea, fugaz, su lengua roja—
raras figuras que la fantasía
con más ricas visiones aún decora.
Desde la estancia, tras el vidrio opaco
se ven temblar como unas mariposas
pequeñas, blancas, los copitos leves
de la nieve que cae...
Ya es alfombra
inmaculada de la tierra y pone
en los árboles secos, tiritantes
una visión de imaginarias hojas...
Despetalan la flor azul los dedos
finos y silenciosos de la sombra.

MONTIEL BALLESTEROS.

Florencia 1920.

«EL POETA INCÓGNITO»

(*Continuación*)

Las caras de las rubias
es un dibujo,
que Dios tiró a tres tintas
con todo lujo:
Carmín puso en los labios,
oro en su pelo,
y en sus lánguidos ojos
azul de cielo.

El amor, el eterno numen de la poesía, ha sido siempre fecundo en cantares, en los cuales expresa su sentimiento, con risas, ruegos, lágrimas o ayes de dolor. Gustad la belleza de los que cito a continuación:

Por una mirada, un mundo,
por una sonrisa, un cielo,
por un beso, yo no sé
qué te diera por un beso?

En el altar de tu reja
digo una misa de amor;
tú eres la virgen divina
y el sacerdote soy yo.

Yo no estuve un día en la gloria,
pero no estabas tú allí;
y para verme en tus ojos
a la tierra me volví.

Echa mi niña tus lágrimas
aquí dentro del pañuelo,
yo las llevaré a Granada
que me las engarce un platero.

Yo soy uno, tú eres una,
uno y una que son dos;
dos que debieron ser uno,
pero... no lo quiso Dios!

Las piedras que vas pisando
cuando sales a la calle,
las pongo yo de revés
porque no las pise nadie.

El amor y las olas
del mar son unas...
que parecen montañas
y son espumas...

Tus ojos copian el día:
¿Los entornas?... amanece;
¿Los abres?... el sol deslumbra;
¿Los cierras?... la noche viene.

EDUARDO S. FORTEZA.

(*Continuará*)...

FIN

Todo lo que nos sugiere una idea de eternidad, no puede menos que entristecernos. Hay una melancolía extraña y ajena a las otras tristezas de la vida en esa idea de vacío y de espacio sin límites. Pensar acerca de cosas impenetrables y lejanas es sentir un estremecimiento de desolación. Nunca experimentamos más este dolor trágico del más allá, que cuando volviendo la última página de un libro, después del último renglón, llegamos a donde su autor coloca esta palabra: fin...

Es un momento en que una rara emoción de silencio y soledad, de reposo y de muerte, se apodera del alma hasta hacerla olvidar de lo leído. No sabríamos expresar el fundamento y el complicado poder de esta emoción. Pero un fijo pensamiento aletea en nuestro cerebro y una infinita desolación nos envuelve. Más hondo y más potente que todo el decurso del libro, esa palabra turba y desvía la rectilínea del criterio aplicado. Más que la estética y el motivo que el autor dejó en la belleza de sus páginas, esas tres letras nos levantan y conmueven como fermentales tóxicos del dolor de todas las vidas que se apagan. Quizá una idea imperceptible, pero intensa, de la muerte, de la inutilidad del esfuerzo, de la pobreza del afán humano, carcome nuestro cerebro constantemente y se puntualiza en aquel minuto de vastas proyecciones. Tal vez, no el fin del libro es lo que nos sobresalta e inquieta tan subrepticiamente, sino la idea del fin de todos los libros, los seres

y las cosas. Quisiéramos expresar ese dolor agudo del que nos saca la realidad de lo visible, y jamás nos sentimos más impotentes que entonces; jamás nos reconcentramos con tanto fervor como para dejar escapar algo terrible que nos acecha desde las sombras. ¿Qué se esconde en nosotros que despierta a tan leve contacto? Si todo son lágrimas, si sólo vivimos bajo la amabilidad mentirosa de una esperanza, no es extraño que por momentos entreveamos esa verdad incomprensible. El libro que acabamos de leer nos muestra la sombra desde sus cumbres luminosas. Por eso soñamos con un amor intenso y grande; por eso hemos sufrido en el peregrinaje lento de las horas que seguimos; por eso hemos puesto en toda ingratitud y en toda maldad un poco del cariño de nuestro corazón; por eso, porque queremos librarnos de ver la nada, de comprender el infinito, de entrever el fin.

El fin!... Nada más triste que lo que acaba, que lo que se deslíe, que lo que se nos escapa de las manos para siempre. Aunque nos haya dejado el alma llena de su esencia, mucho más de la nuestra nos arrebató con sus besos de amor. Parece que nada quiere marcharse, y por ese terror del vacío, nos fué robando todo el tesoro — no sabemos de qué — que era la parte generosa de nuestro espíritu. ¡Qué beso triste el beso de las sombras! Así serán las despedidas del alma con el mundo; pero de ese ósculo formidable de dolor, ha de rodar alguna lágrima luminosa que despierte a los otros, a los que velan o duermen, como inquieta y sobresalta al centinela de los campos el vuelo de un meteoro por el cielo en el reposo de la media noche...

* * *

Hay más arcana tristeza en la página última de un libro que en las sombras que flotan sobre el olvido de

una tumba. Y es que nunca alcanzamos a comprender bien lo que es la muerte, la terrible descomposición de nuestro organismo. Si hay algo horroroso es dejar de sentir y pensar. Y es esto lo que experimentamos al llegar a la palabra *fin* del último capítulo de un libro. Parece que el alma se nos escapara, que huyera por un inmenso hueco de negrura que se abre ante nosotros. Acaso el amor que nos aviva, nos abandona persiguiendo lo que se fué; o el sentimiento que llena nuestras horas se vaporiza momentáneamente. Pronto volvemos al punto de partida; pronto recapacitamos, y la normalidad de nuestro estado sigue su curso ordinario. El autor triunfa de aquella dolorosa enagenación en que nos vimos arrastrados, y la belleza de la obra nos sugiere en conjunto, como un inmenso panorama, lo que el alma que en ella se virtió nos quiso dar. Más tarde, cuando la serenidad nos lleva a aquel momento fatigoso de nuestra vida, nos vuelve a embargar una tristeza que no alcanzamos a comprender. Entonces surge alguna interrogación ante nosotros y una duda confunde nuestro pensar. ¿Es la tristeza de concluir el libro o lo triste del libro en su final?

Casi todos los libros — *los libros* — concluyen en un derramamiento de amargura o en una pincelada de desconsuelo. Nuestro ánimo no alcanza a sobreponerse, y, resbalando hacia el vacío, con la última palabra vibrante, rumoreando en torno como un fúnebre quejido, como un lamento que nos confunde, que nos adormece, que logra desorientarnos, llegamos hasta casi caer en aquel estado que llamamos la muerte de las almas .. Es preciso comprender tanto misterio y tanta inesperada emoción. Vivimos en un continuo sobresalto, y a la vuelta de cada esquina, en mitad del camino, nos sorprende la losa de una tumba o la ensangrentada piedra del suelo, huella de una lucha mortal. Cada cosa que encontramos nos prepara una sorpresa y en cada flor que borda las sendas hemos de descubrir un nuevo matiz o un perfume desconocido. El reposo de nuestro espíritu no prospera en su incursión de reconocimientos. Cuando nada nos emocione, hemos de convenir que la última energía se nos agotó con el último vaso de agua que tomamos debido al generoso ofrecimiento de la Samaritana..

Y ahora mismo, mientras intento despertar a una realidad inmediata, mientras quiero librarme de una idea terrible que me persigue en la edénica paz de mi reino interior, mis pupilas tropiezan con el libro abierto que hasta hace un momento me llenó de amargura al par que de inefable belleza, donde el alma del grande Zozaya, late en un desprendimiento de bondad escéptica, de rebelde amor, de implacable justicia... ¡Adiós para siempre, dice la última página, si es verdad que todo perece, que nada queda de la presciencia de lo absoluto y que hemos llorado en vano sobre la tierra que nos espera, cegados por una mentirosa esperanza!...

ARTURO S. SILVA.

Glosas del mes

Ediciones fraudulentas

Hace poco, nuestra revista apoyaba palabras de Lugones, en una queja justísima. Al gran escritor se le reeditó aquí un libro clandestinamente y, sobre no pagárselo, le llenaron las páginas de erratas.

Esas ediciones fraudulentas merecen un escarmiento severo. Pero es el caso que a veces, las ediciones "fraudulentas" perjudican menos de lo que sirven al autor. Es lo que pasa con los libros de Rodó, publicados en España, a raíz de la muerte del taumaturgo compatriota.

En efecto; nuestros editores — que tuvieron como cosa propia el monopolio de los "Motivos de Proteo" — nunca dieron gran vuelo a la venta de ejemplares. El libro, que llegó a las manos autorizadas en que su autor lo puso, nunca pudo alcanzar la difusión que merecía en los pueblos de Hispano-América.

Hasta que muerto Rodó, admiradores fervientes, con talento, — más artistas que editores (en este caso se hallan Rufino Blanco Fombona y Vicente Clavel), tomaron sobre sí la noble misión de persuadir a todos los públicos de que en el Uruguay había una gloria purísima. "Motivos de Proteo" y "El Mirador de Próspero" aparecen impresos en forma inmejorable, y se popularizan — hasta donde es posible que se popularicen estos libros que la gente vulgar, completos a lo menos, nunca suele leer. "Ariel", más conocido en razón de haberlo publicado antaño una casa de Valencia, surge por último con primorosa presentación. Vicente Clavel, activo y sentimental, recoge con prolijidades de discípulo la obra más periodística de Rodó, y medita el título, hasta dar con uno que de seguro el propio José Enrique habría aceptado: "El camino de Paros". Es Clavel quien más se singulariza, ofreciendo a las provincias españolas y las repúblicas americanas obras de Rodó.

Pero allegados familiares del maestro mandan a España un representante que exigirá indemnizaciones.

Y cuando el representante nombra su abogado en Madrid, y cuando el Ministro Plenipotenciario del Uruguay — que apoya diplomáticamente la reclamación — se constituyen en el escritorio de las empresas

editoriales, libros de contabilidad perfectamente revisados, prueban que los beneficios fueron magros, y en cambio es enorme la difusión de la obra artística.

Se explica. La editorial "Cervantes" — ahora propiedad de Vicente Clavel, el distinguido literato valenciano — no había pagado derechos, es cierto. Pero, en cambio, realizó su formidable proeza cultural en uno de los momentos más críticos que ha tenido la industria de librería, cuando el papel alcanzaba precios increíbles, nunca sospechados, y era arduo hasta hacerse de un buen stock de tintas. Ha debido pagar sumas abultadas por concepto de fletes, despachado como envíos postales lo que hubiera tardado un siglo, puesto como carga en ferrocarriles y vapores.

Todos los devotos de Rodó, deben gratitud a Vicente Clavel, este buen compañero que defiendo porque lo conozco, porque he tenido oportunidad de oir en sus labios frases fervorosas, en pro del acercamiento intelectual Hispano-Americano. Cuando se habla de panamericanismo, se cita en el Río de la Plata a Labra y otras figuras casi tan... decorativas como eminentes, pero se olvida a ese "leader" insuperable que ha predicado con el ejemplo y ha hecho él sólo en la "Cervantes", más que un par de cacareados congresos de juventudes.

Por fortuna, la verdad ha resplandecido. Comunicaciones oficiales, que toda la prensa acogió, nos enteran de que el abogado de la familia y el Ministro Fernández y Medina, han podido comprobar que las últimas ediciones españolas de Rodó, produjeron más honra que provecho.

Vicente Clavel, de motu propio, con un amplio gesto hidalgo, se ha ofrecido a pagar a los herederos del taumaturgo una suma que no proviene, precisamente, de beneficios dados a la empresa (que con tanto sentido artístico encauza) por libros de Rodó.

A veces, pensamos que esto de heredar la propiedad de grandes obras artísticas, es una cosa absurda. Porque la ambición material de un heredero puede impedir que las generaciones beban en puras fuentes de belleza. Debíamos volver a la época del Pritaneo, cuando los productos del intelecto no se cobraban y había una mesa y un lecho para todo artista que los requería.

En Atenas, los filósofos y los poetas vivían humildemente. Y era mucho mejor, pues fué tal pobreza la que se opuso a que en el templo de Apolo entrasen los mercaderes a comerciar con Minerva...

Vicente A. Salaverri.

Notas bibliográficas

El Año Literario, por J. Torrendell, Buenos Aires, 1920.

El señor J. Torrendell, conocido crítico del prestigioso semanario "Atlántida", ha reunido en un volumen su labor literaria correspondiente al año 1918.

No hay oficio más molesto que el de crítico, por lo mismo que hay pocas cosas más estimadas por el hombre que la vanidad. Se necesita, pues, una gran fuerza moral o un gran deseo de servir los intereses del arte para realizar esta ingrata faena, tan higiénica por otra parte.

Pero, así como una espada hay que saberla llevar con honor para no desprestigiarla, quien esgrime la pluma para señalar defectos y méritos ajenos y de orientar a la opinión, debe poseer un espíritu capaz de despojarse también de toda vanidad personal, capaz de reconocer sin reticencias el valor donde lo encuentre, capaz de fustigar al grande cuando se empequeñece; en una palabra, capaz de ponerse frente a cualquier obra en idéntica disposición espiritual.

No se puede negar al señor Torrendell muchas de estas virtudes. Por lo pronto su sinceridad, base esencial de la crítica, no puede ponerse en duda. Su erudición, el amor real con que desempeña el oficio, el respeto que le merecen las obras intelectuales, el estímulo que prodiga al comentarlas seriamente, aunque no promuevan sus simpatías, son cualidades tanto más dignas de alabar, cuanto que casi todas las elaboraciones del espíritu caen en estas tierras, en el más lamentable de los vacíos.

No podemos decir lo mismo, en cambio, de su unidad de criterio respecto al juicio; porque los mismos elementos que en un lado le sirven para exteriorizar un comentario desfavorable, son exaltados más allá; y defectos que parece no tolerar a algunos, son en otros extraordinariamente ensalzados.

Estos bruscos cambios de frente dejan en el lector la impresión de un hombre indeciso en lo que atañe al concepto del arte y a sus principios estéticos, cosa que el crítico, más que nadie, debe tener profundamente arraigados. Es claro que no negamos al exégeta el derecho de modificar sus opiniones cuando las crea erróneas, sino el de juzgar con distinto criterio obras contemporáneas.

Por otra parte, el señor Torrendell no es un crítico en el verdadero sentido del término. Anda, frecuentemente, más alrededor del asunto que comenta dentro del mismo. Y luego empequeñece deplorablemente su misión deteniéndose en minucias, y empeñándose en aparecer como un campeón del idioma, aquí donde hace tiempo, gracias a Dios, estamos curados de aquel santo horror español al hiperbaton, al solecismo, al galicismo, y a todos aquellos ismos que anquilosaron la literatura hispánica y le hicieron perder su dominio en América.

J. M. D.

Las Estancias Espirituales. — Versos por Manuel de Castro. Montevideo. 1920.

Con un hermoso prólogo de Alberto Zum Felde, acaba de aparecer este libro, algunas de cuyas composiciones han visto la luz en esta revista

Voz grave y profunda la que emerge del corazón de este poeta. Si debiéramos compararla a algún instrumento musical, no sería, por cierto, con la lira de románticas cadencias, ni con los violines amados por Verlaine, ni con las trompetas épicas, sino con el armonium de una apartada capilla cuyas teclas sólo se movieran al influjo de manos imbuídas de misticismo.

Y el peregrino que cruza hastiado de todos los ruidos de la vida, no puede menos que detenerse para escuchar esa música profunda y un poco mesiánica, que sale de los labios del poeta como el murmullo de un órgano por las ventanas abiertas de un convento.

Extraña, en verdad, que quien de tal manera cante, sea un hombre en plena juventud; y una especie de vaga misericordia, como la que se siente ante las arrugas prematuras, nos invade al pensar en esta alma atormentada por las sombras de las esfinges y los enigmas, a una edad en que el árbol de la vida tan cargado está de frutos, que basta sólo estirar la mano para cogerlos y embriagarse con sus jugos.

El sentimiento de lo místico es, generalmente, una flor crepúscular. Nervo, Darío, Verlaine, son ejemplos palmarios de esta afirmación y en cuanto a los que podríamos llamar los representantes genuinos de esta tendencia como Sor Inés de la Cruz y Santa Teresa, se revela con tal vehemencia y con tales arranques de pasión, que fácilmente se entrevé a dos almas enamoradas con amor humano de un sér divino.

Hay algo, pues, de anormal en Manuel de Castro,—conste que no decimos irreal, — una especie de imán arbitrario que polariza sus inquietudes mentales y lo lleva, a pesar de las vivas palpitaciones que lo rodean, hacia el campo de lo espiritual y lo metafísico.

Sus versos, sin embargo, no dejan ver esta tortura. Si a veces parecen artificiosos por su manera estructural, no dejan nunca la más mínima duda respecto al realismo del sentimiento que los anima.

A quien ame descender hasta las raíces para buscar la razón de las cosas, no sería difícil encontrar la clave de esta discordancia entre la edad y la obra del poeta. Manuel de Castro, — como todas las criaturas, en mayor o menor grado, — rinde un fuerte tributo a la herencia de sus mayores, a algunos de los cuales la sed de misticismo ha llevado hasta arroparse con el hábito sacerdotal.

Por fortuna no creemos que el poeta llegue jamás a estos extremos, aún más, de sus versos se desprende cierto horror a los dogmas y a los ídolos concretos que, en realidad, como lo expresa el prologuista, lo hacen entrar en esa ya densa caravana de los creyentes sin religión· tipo de espiritualismo superior, que si en muchos ha podido ser motivo de especulaciones filosóficas, en pocos se ha revelado por inquietudes poéticas.

El verso de "Las estancias espirituales", está en concordancia con la majestad de los motivos que lo inspiran. Cosas de esta índole sería lamentable tratarlas con la agilidad verbal que caracteriza el actual momento literario.

Manuel de Castro aporta al concierto de nuestra lírica una voz nueva, que no sólo complementa su conjunto armónico, sino que la enaltece singularmente.

J. M. D.